VALLE-INCLAN Y SU VINCULACION CON EL MODERNISMO RUBENIANO

POR

OBDULIA GUERRERO

Al tratar del estilo modernista, siempre que nos refiramos a un escritor español o americano, tenemos que partir de Rubén Darío. El es, sin discusión, el artífice de esta estilística renovadora, que arrollará los viejos moldes. A todos los escritores españoles, prosistas y poetas, que nacen a las letras en ese momento de transición del siglo XIX al XX, se les conocerá primeramente con el nombre de «nuevos», de «raros», de «modernistas», en suma.

Más tarde se delimitan los campos, y viene la bifurcación: «modernistas» y «noventaiochistas».

Cierto que los modernistas hispanoamericanos buscaban una realidad estética, y los españoles, una realidad vital. A esta circunstancia no puede estar ajeno Valle-Inclán, el artista del 98, el más preclaro maestro en la nueva estética. La influencia rubeniana es patente, sin que por ello pierda su peculiar forma, que responde precisamente a su repulsa del medio ambiente social.

Incluso su carlismo respondía a su enemigo frente a lo corrompido oficial: el liberalismo reinante. En este criterio abunda don José Antonio Maravall (1), al puntualizar que:

> El modernismo de Valle-Inclán es una postura ante la sociedad, un recurso de literato que conscientemente asume una actitud ante la sociedad.

Y agrega:

> Desde la *Sonata de estío* hasta *La corte de los milagros* está presente el carlismo en su autor.

Pero ello queda patente, lo mismo en su ciclo galaico y más concretamente en sus *Comedias bárbaras,* cuyo estudio histórico político-social, quedó expuesto en mi trabajo «Sobre las comedias bárbaras»,

(1) José A. Maravall: «La imagen de la sociedad arcaica en Valle-Inclán», en *Revista de Occidente* (homenaje a Valle-Inclán), núms. 44 y 45. pp. 225-254.

inserto en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS núms. 199-200, dedicado a Valle-Inclán.

Pero lo que ahora me interesa fundamentalmente es demostrar que Valle-Inclán, *en toda su obra literaria,* presenta una continuidad, basada, precisamente, en su vinculación con la sociedad que le tocó vivir. Maravall afirma:

> Tengamos en cuenta que en Valle-Inclán su propio ingrediente de modernismo, lejos de ser una simple cuestión estética, y menos aún una superficial moda literaria, es todo un problema social.

Por esta circunstancia se hacen precisas estas puntualizaciones que preceden, y otras que expondré a continuación, no con propósito de minimizar el *modernismo,* como obra rubeniana, pues soy la primera en proclamar —y con ello creo que me honro como española— que: *Rubén Darío fue el creador del movimiento modernista en España y en América.* Y que este movimiento llevaba implícitos, entre otras cosas:

a) Un afán de renovación literaria.

b) Una reacción contra los excesos del romanticismo y contra todo retoricismo.

c) Su absoluto respeto por la libertad y desenvolvimiento del individuo.

Cuyas tres premisas son consustanciales en el hacer literario del grupo noventaiochista: Unamuno, Baroja, Machado, *Azorín,* Valle-Inclán.

A. Machado acepta formas nuevas de expresión poética modernista. Significativo es el siguiente cuarteto de alejandrinos de su «Retrato»:

> *Adoro la hermosura, y en la moderna estética*
> *corté las viejas rosas del arte de Ronsard;*
> *mas no amo los afeites de la actual cosmética,*
> *ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.*

Se han considerado estos versos como una reprobación del estilo modernista, pero Henríquez Ureña (2) no lo estima así, «en su esencia misma ni en su aspiración renovadora de las formas de expresión»; y ya dice Machado que fue «en la moderna estética» donde cortó las rosas del huerto de Ronsard. Y agrega: «La flexibilidad rítmica y la variedad de cortes que hay en esos alejandrinos, cuya factura es típicamente modernista.»

(2) MAX HENRÍQUEZ UREÑA: *Breve historia del modernismo,* 1.ª ed. Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires, 1954.

Ciertamente es así, pues lo que rechaza Machado son «los afeites de la actual cosmética», o dicho en otro lenguaje, el formalismo huero que el modernismo presentará a través de los malos poetas seguidores de Rubén.

También es cierto que Darío muestra unas complacencias de tipo sensual, aunque quintaesenciadas, que quedaban muy lejos de la expresión personalísima, ajena a todo artificio, de Antonio Machado, el poeta del 98, en su progresiva proyección hacia la máxima sencillez y la realidad más profundamente humana e incluso metafísica.

Parecida evolución se produce en Juan Ramón Jiménez, que se inicia con el modernismo y proseguirá en la persecución de «una poesía casi *sin forma,* alada, sutil, que se anticipa a las audacias de vanguardia», según reconoce el mismo Henríquez Ureña (...).

El secreto está en que ningún escritor puede sustraerse al hecho social de la época en que le tocó vivir. La obra literaria es, indiscutiblemente, un testimonio social, se lo proponga o no su autor. Debemos aclarar que «testimonio social» no significa la expresión de una ideología política, sino que es una preocupación y un sentimiento que informarán la obra literaria. Por eso, incluso en el Valle-Inclán modernista, como dice Maravall: «desde *Femeninas* hasta *Baza de espadas,* los temas de la sociedad y de la política tengan una relevancia grande y se explique la ulterior evolución de los mismos en la obra valleinclanesca desde la base de su primer planteamiento».

Concretándonos a sus *Sonatas,* podemos apreciar, como un *desajuste* entre el «fondo» y la «forma» que es, precisamente, la intrusión del humorismo. Por esta razón la estética modernista de las *Sonatas* es *sui géneris,* por el humorismo que las caracteriza, ajeno al modernismo clásico, rubeniano, y que en Valle se manifiesta, como consecuencia de los dos ingredientes (romanticismo-naturalismo), mas un *decadentismo* peculiar, sin matiz pesimista.

O sea que el neo-romanticismo valleinclanesco, por carecer de su ingrediente *natural,* el pesimismo, viene a configurar e incluso constituye la estructura y la realidad *aparencial* de sus *Sonatas.*

Este es el íntimo significado indudable de las *Memorias amables del marqués de Bradomín,* que le lleva, como puntualiza Galarreta (3), «a la desviación que, por sendero propio, realiza Valle-Inclán, de la lírica rubeniana».

He aquí la manifiesta burla de esa *realidad aparencial,* que tan claramente manifiesta Bradomín, cuando pone en duda por variados procedimientos, la fe, la credulidad o la convicción de los protagonistas.

---

(3) JUAN RUIZ DE GALARRETA: «El humorismo de Valle-Inclán», CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (homenaje a Valle-Inclán), núms. 199-200, pp. 65-99.

Recordemos ese episodio, nimio aparentemente, en que este Don Juan católico toma, aunque con sonrisa incrédula, de manos de la joven campesina, el ramo de hierbas «que curan la saudade», y que colocará bajo la almohada de Concha, su amante de la *Sonata de otoño*. Esto nos lleva a afirmar con Ruiz de Galarreta:

> Así ocurre con el dramatismo de ese mundo legendario de supersticiones y milagros de su tradicionalista tierra gallega: el clima de tensión en que cuaja la fantasía milagrera, fervorosa y cándida de los aldeanos, de pronto toma un sesgo desvalorizador: la idealizada estampa de Adega, la campesina visionaria, que se entrega a un pordiosero en quien revive la figura de Jesús; la posesa del demonio, la que está enferma del «ramo cativo», como creen los aldeanos, revela, con su maternidad, la impostura mágica y milagrera que sus ensoñaciones habían despertado en este mundo primitivo de rústicos y pastores.

¿A qué responde esta visión irónica?

Estimo que esta actitud valorativa de su humorismo es la expresión de su actitud *crítica* ante la sociedad.

Bradomín es un «Don Juan feo, católico y sentimental». Los tres adjetivos responden a una idea antitradicional del donjuanismo. Don Juan siempre fue hermoso y gallardo, ajeno a todo sentimiento religioso; por eso se condena en su primera versión, la de Tirso. Si se salva con Zorrilla es, precisamente, a causa de la sociedad que le circunda. El romanticismo ambiente supone la rebeldía frente a los anquilosados postulados sociales. Esta sociedad, la de Don Juan Tenorio, *no podía condenarle* eternamente; ello hubiera ido contra sus más íntimas y anheladas aspiraciones. Por el contrario, la sociedad que le tocó vivir al «Burlador de Sevilla», de rígidos dogmas, con su proyección ultraterrena, hubiera considerado un sacrilegio el perdón del impío «vendaval erótico», capaz de todas las blasfemias y pecados contra la Iglesia, suprema encarnación terrena, expresión y símbolo de la vida eterna.

Y en nuestros días, Bradomín, el Don Juan *católico*, guardia noble de Su Santidad, no halla freno a su pasión erótica. Su fe religiosa es un hecho marginal a su vida: todos los pecados son posibles, incluso el incesto... Católico, sí, pero, ¿no queda así clara la burla de esta *realidad aparencial*?

Hace poco, en el escenario del María Guerrero, pudimos contemplar tres obras teatrales de Valle-Inclán, en las que cabe apreciar, *palpablemente*, este hecho tan significativo: la burla, el humorismo *crítico*, de que es exponente su farsa *La enamorada del rey*, que pertenece precisamente a la etapa de su teatro modernista.

La vida social, a niveles palaciegos, incluidas las instituciones puntales del Estado: Monarquía, Iglesia, Ejército, aristocracia, burocracia...,

salen a la vindicta pública en una pirueta jocosa, alegre y desenvuelta... Uno puede enamorarse del rey a condición de verlo de lejos y si le da a uno el sol en los ojos... El orondo señor obispo, en fraternal contubernio con el alto palatino, no ve más allá de sus narices...

Aún está lejos el «esperpento», pero no así el criticismo social, que es la médula del quehacer literario de Valle-Inclán. Por ello vuelvo a repetir, con absoluta convicción: la estilística valleinclanesca es la misma siempre, aunque, según las épocas, adopte perfiles humorista-burlescos o penetre, como punzante aguijón, hasta las conciencias a las que pretende «sacudir», en un supremo anhelo de mejoramiento social y humano.

He tomado *La enamorada del rey* como ejemplo por su proximidad a todos hoy. Ciertamente es una farsa «modernista», con su vinculación indudable con la comedia del arte italiana. Pero, si desconociésemos al autor y la contempláramos, ¿cabría atribuirla a un D'Annuzio, por ejemplo? Yo creo que no. Y ésta es la causa por la que vengo denominando modernismo *sui géneris* al de Valle-Inclán. No porque desee restarle importancia a la magna ofrenda que las letras hispanas, de España y América, recibimos del soberbio poeta nicaragüense, vate y maestro hasta nuestros días, del quehacer poético. Por el contrario quisiera que estas manifestaciones, a la vez que tratan de explicar al Valle-Inclán modernista, fueran mi testimonio de gratitud, como amante de las letras hispanas, a ese español, nacido en Nicaragua, que fue Rubén Darío.

Obdulia Guerrero
Máiquez, 26
Madrid